

ALBERTO PORRAS ECHEVARRÍA

Encuentros y desencuentros



Encuentros y desencuentros

Alberto Porras Echevarría

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el III Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2016, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Cuando pienso que un separador hubiera bastado para que no nos separáramos no puedo evitar una sonrisa tonta. Un triste marcapáginas, o ni siquiera eso: un recibo de la luz, la lista de la compra, un billete de autobús, la tarjeta del dentista, un décimo de lotería, la propaganda del restaurante indio, un plano de metro de bolsillo, una postal recibida aquel verano, una octavilla de “compro oro”, una tira arrancada de cualquier periódico, de cualquier revista. Con una de esas cosas hubiera bastado. Pero no ocurrió, y si lo llego a saber le hubiera comprado el libro. Ahora lo veo claro. Un regalo sólo por el placer de regalar, sus manos sin poder sostenerlo de la emoción, sus dedos temblorosos sobre el papel de corazones, sus ojos más azules en el momento de desenvolverlo, y la sonrisa inevitable que ilumina sus labios de color frambuesa.

—¿A qué se debe este honor?

—A que hoy es martes. A que hoy no hay luna llena. A que llegó el otoño... Elige tú el motivo.

Y su sonrisa que se ensancha más ahora.

—Eres tonto.

Entonces el abrazo en medio de la calle, el interminable beso, las dos palabras tan repetidas, casi desgastadas en estos tres meses tan infinitos y tan fugaces, tan efímeros y tan eternos. Debería haberle comprado el libro.

Pero a los tres meses no es tan fácil reprimirse, resistir a los impulsos y pensar las cosas dos veces antes que dejarse llevar, claudicar, abandonarse. No. Uno sucumbe a los estímulos de una noche de viernes cuando está el vinilo preciso en el tocadiscos del salón, y los hielos entrechocan cada vez que ella mueve la copa, y la conversación se aviva al adentrarse en un terreno mágico e incierto, el de la literatura. La excitación se desbordó en el instante en que ella mencionó a aquel autor, ¡oh! Al momento se lo dije:

–Maravillosos sus cuentos, ¿verdad?

–No los conozco, sólo leí esa novela.

–¿No conoces sus cuentos? –El ron casi sobre su camisa cuando me llevé las manos a la cabeza– ¿No conoces sus cuentos?

Ahora es fácil decir que hubiera sido preferible evitar acercarme a la estantería para sacar el libro y exponerlo ante ella, comentar cada relato, sentirme responsable del brillo de culpa que asomó en su mirada cuando le aseguré que no haber leído esos cuentos era una cosa imperdonable. Pero cómo evitarlo. Yo pasaba las páginas y sentía ese temblor irrefrenable cuando mi dedo se detenía al comienzo de cada cuento, “éste me marcó para siempre, el otro te atrapa y ya no te suelta, aquélla es una historia insuperable, con éste soñé una noche, este otro lo he leído diez veces...”

Ella me arrebató el libro para ojearlo, no sé si asediada o atraída por mis comentarios.

–Tengo que leerlo, yo creo que en la biblioteca estará. Sí, es muy probable que en la biblioteca...

Y uno no mide consecuencias cuando está inmerso en la emoción de la noche de un viernes, al abrigo de tanto ron y tanta música, acechado por unos labios de color frambuesa. Uno sólo se deja llevar, no lo piensa, presta el libro.

El día que lo tuve de vuelta no sé qué me hizo revisarlo antes de devolverlo a su sitio, en la estantería. Quizá fue ese aspecto algo abombado, ese grosor sospechoso. Un volumen que se intuía engrosado al palpar las cubiertas del libro. No puedo decir con exactitud qué fue pero algo me animó a inspeccionarlo, a abrirlo, a pasar páginas. Y cuando las vi, el libro estuvo cerca de caerse de mis manos. Esas esquinas dobladas. Ese surco en el papel dejando constancia del instante en que ella había interrumpido la lectura. Esas esquinas maltratadas, esas esquinas mutiladas para siempre.

En un primer momento las veía y cerraba los ojos esperando que al abrirlos de nuevo las páginas volvieran a estar lisas, intactas, sin ninguna señal que las marcara de aquella forma brutal e irreversible. Pero cuando los volvía a

abrir para enfrentar la realidad sólo me quedaba aceptarlo; mi libro salvajemente tratado por la persona que menos hubiera podido imaginar. Observé algo que me desconcertó: las dobleces se alternaban en las esquinas superiores e inferiores de las páginas, como si ella hubiera querido divertirse variando la superficie que doblaba; ahora arriba, ahora abajo, y así estropear el libro de una forma más creativa. Resultaba un acto vandálico difícil de aceptar. Al momento vino a mi cabeza ese paseo que tan sólo unos días atrás nos había conducido hasta el centro de la ciudad: los grafitis aparecían para ensuciarnos la vista en cada pared de la calle. También en cada banco, en cada marquesina, en cada papelera; cualquier parte del mobiliario urbano se mostraba ante nosotros pintarrajeada con colores estridentes y esos textos indescifrables. Entonces, su expresión de asco:

–¿Cómo pueden tratar así a su ciudad?

Ahora, con el libro delante, yo no podía menos que hacerme una pregunta parecida:

–¿Cómo pudo tratar así a mi libro?

Aquella noche no dormí bien. Pensaba qué debía hacer, y después de valorarlo mucho resolví que era mejor no hacer nada. No decirle nada a ella. ¿Para qué hacerla sentir culpable? Incluso quizá sea yo el maniático, llegué a pensar. Es un libro, al fin y al cabo. Y sólo son pequeñas marcas, triángulos tatuados al borde de las páginas, nada más que eso. Seguro que tantos lo hacen, seguro que tantos doblan la página para recordar dónde rescatar la lectura. Intenté convencerme y pensar que todo aquello era algo casi intrascendente. Y hubiera sido intrascendente del todo si esas dobleces señalasen lugares lógicos, el final de cualquier cuento, ahí hubiera podido entenderlo. Pero nunca la mitad. Porque la noche ya no es boca arriba si se parte por la mitad, si se separa en dos lecturas que rompen el cuento y lo estigmatizan para siempre; y el doblez para constatarlo, para recordármelo en próximas relecturas: hasta aquí llegó ella, aquí se detuvo, aquí encontró algo mejor que hacer porque aquí interrumpió el cuento. No. Se mirara como se mirara, no era admisible.

Es curioso, pensé, los libros como lugar de encuentros y desencuentros. Y con el paso de los días observé que doblar una página para señalarla también señalaba otras cosas, aspectos en el comportamiento del otro que no siempre resultan fáciles de advertir. Sus frases, ¿no tenían un malicioso trasfondo? Una segunda intención, ese mensaje oculto como por un doblez del lenguaje que impedía ser captado a la primera escucha pero que yo ahora percibía con claridad. Su mirada, ¿no albergaba recovecos? Aquella mirada azul y transparente que me deslumbró durante tres meses parecía ahora menos diáfana, más sinuosa; quizá era porque el azul de sus ojos se enturbiaba en ese recodo insinuado por sus pupilas. Sus besos, tenían ahora un regusto extraño: ya no llegaban plenos, más bien parecían contenidos, como si ella no quisiera darlos en su totalidad para reservar parte de ellos, ofrecer sólo una mitad del beso y amagar la otra mitad, que se escondía en el envés de sus labios. Incluso sus manos, la parte de ella que me había cautivado, lo primero en lo que me fijé aquel día en que nos conocimos, ahora parecían tan distintas. Ya no eran sugerentes, ya no eran ese deseo incontenible que llamaba a mis dedos para que las enlazara, para acariciarlas y dejarse acariciar. Muy al contrario: ahora las miraba y me producían rechazo. La encontraba bastas, groseras, casi grotescas; no parecían esas manos delicadas con las que llevaba conviviendo tres meses, si acaso recordaban a las manazas de un labriego, dos zarpas torpes incapaces de tratar las cosas con delicadeza, incapaces siquiera de cuidar un simple libro.

Supongo que ser consciente de todo ello provocó que mi actitud cambiara. Porque ella también notó que ya nada era lo mismo; dijo que mis abrazos eran fríos, que mis sonrisas eran tímidas, que mi entusiasmo ya no aparecía en cada encuentro. Yo pensé entonces que quizá nuestros encuentros se habían tornado en desencuentros.

—¿Qué te ocurre?

Permanecí en silencio escuchando su pregunta, dejando que el rastro de sus palabras se extinguiera, sus ojos más azules ahora clavados en mí, exigiendo una respuesta.

–Es como que, de repente, se hubiera apagado la pasión–, prosiguió ella.

–No es que se haya apagado –respondí–. A lo mejor es que se ha doblado.

Hoy es viernes y ella debería venir a casa. Como el viernes pasado. Como aquel primer viernes, hace tres meses ya. O como el viernes que lo cambió todo, cuando yo le presté mi libro. Pero creo que hoy no vendrá. Llevo toda la tarde asomado a la ventana, siguiendo con la mirada el ir y venir de los paseantes, una mirada amarga, una mirada resignada. Ya voy a retirarme a leer cuando, a lo lejos, los veo. Entre el tumulto, unos labios, que a medida que se acercan se adivinan de color frambuesa. Ella se ha detenido en el cruce, en el punto exacto donde debe elegir entre avanzar unos metros hasta alcanzar el portal de mi casa o torcer para perderse por otra calle. Levanta la cabeza para observar mi ventana, para observar mi figura en la ventana observándola a ella. Así permanecemos, mirándonos los dos, como dialogando en silencio, ignorando por unos segundos la distancia insalvable que nos separa. Hasta que ella reacciona. Y dobla la esquina.